

XXII

AL dia siguiente, mi exaltacion se habia calmado mucho: si desde luego me habia dejado llevar de la idea encantadora de que Rosa pudiera amarme, insensiblemente una reaccion violenta habia tenido lugar en mí, y habia ido apagando mi emocion: con el mismo empeño con que mi espíritu habia adoptado la seguridad del afecto de Rosa, se puso á invocar una, despues de otra, todas las razones que habia para que mi madre pudiera engañarse; y al fin, caí en una duda afflictiva, que me era mas dolorosa que la certidumbre misma del ódio de Mlle. Pavelyn.

Agoviado por mis inquietos pensamientos, salí de mi casa así que el sol aparecia en el horizonte, y me fuí á pasear al derredor de la ciudad; en la campiña solitaria, soñando, hablando, y gesticulando, como si hubiera querido demostrar una dolorosa verdad, á un compañero invisible.

Durante tres ó cuatro dias, repetí mi paseo matinal, no pensando en otra cosa, que en el partido que debia tomar, y del cual la deliberacion laboriosa, absorvia todas las fuerzas de mi alma: la fiebre habia desaparecido.

Siguiendo el consejo de mi madre, yo queria, en tanto como me fuera posible, y aún á riesgo de disgustar á Mr. Pavelyn, evitar todas las ocasiones de hallarme en la pre-

sencia de Rosa; sin embargo, una fuerza irresistible, me inclinaba á faltar á este propósito: ¿qué era lo que podria arrojar un poco de luz, en mi espantosa incertidumbre? ¿cómo podria reconocer mi deber, si no me aseguraba por una visita á la casa de mi bienhechor, de si habia realmente algun cambio en los sentimientos de Rosa, respecto á mí?

Resolví ceder aún una vez á los sentimientos de mi corazon: y despues tenia la firme decision de no aproximarme jamás á Rosa, sino cuando la fuerza de las circunstancias me obligase á ello.

Resistí, sin embargo, acceder algunos dias á un deseo que no estaba justificado á mis propios ojos: y por último, me presenté temblando, lleno de emocion y de temor en casa de Mr. Pavelyn.

Rosa me demostró una frialdad, mas grande aún que de costumbre: apenas se dignó contestarme, y á los pocos instantes de hallarme yo allí, empezó á buscar pretextos para salir del aposento: inútil es decir que no tomó ninguna parte en mi conversacion con sus padres: se desatendió por completo de mí, procediendo en todo como si no se hubiera apercibido de mi presencia.

Sentíme profundamente herido, porque no podia desconocer que su aversion hácia mí se habia vuelto mucho mas profunda que antes: la amargura y el mal humor podian ser los resultados pasajeros de una indisposicion nerviosa; pero la completa indiferencia que me manifestaba ahora ¿no era una señal cierta de aversion y de desprecio?

Cuando terminada mi visita salí de su casa, me hallaba profundamente triste: mi corazon, sin embargo, no estaba agitado por ningun movimiento violento: al contrario, yo inclinaba la cabeza con resignacion bajo el peso de mi desencanto y aceptaba sin murmurar mi triste suerte.

Cuando me hallaba solo en mi cuarto, mis ojos dejaban escapar algunas lágrimas, pero comprimia al instante el

despertar de mi dolor como signo de una tristeza sin esperanza y sin fin: habia reunido bastantes fuerzas para seguir fielmente el consejo de mi madre: no solamente dejé pasar quince dias sin presentarme en casa de Mr. Pavelyn, sino que evitaba pasar por las calles donde corria riesgo de hallar alguno de su familia, é inventé una excusa para no comer en su casa el domingo siguiente.

Felizmente mi espíritu se distrajo un poco de sus sueños importunos, por una cosa que me importaba mucho, aunque desde hacia algunos dias la hubiese olvidado casi por completo.

Uno de mis compañeros de la Academia vino á verme y pasó conmigo una parte de la tarde: segun me dijo, los examinadores, se reunian todas las mañanas desde hacia ocho dias, y habian ya juzgado las composiciones de las clases inferiores: ya no habia dia seguro para que pronunciasen su decision, acerca del concurso de modelo del natural: y en todo caso, hácia el fin de la semana yo sabria la nueva de mi triunfo, el que creia mi compañero seguro, porque no dudaba que yo fuese proclamado vencedor.

Aquel jóven pertenecia á mi misma clase en la Academia, y seguia el curso de dibujo, preparándose para la pintura histórica: era un muchacho jovial, lleno de pasion por el arte, y de fé en la vida: describíome con entusiasmo el honor que iba yo á alcanzar: iban á coronarme de laurel, en medio de los aplausos de miles de espectadores: me pondrian al cuello, una grande y hermosa medalla de oro: el prefecto, conduciria á los laureados de las clases superiores en su carruaje á su casa, y les daria un banquete, al que asistirian las personas mas importantes de la ciudad, y todas las autoridades.

Mi compañero, arrebatado por el calor de su imaginacion entusiasta, me predijo la mas brillante carrera, é hizo resplandecer ante mis ojos, no solamente el brillo de la gloria, sino tambien los tesoros de una fortuna, que de-

bia ser el fruto de mis sobresalientes dotes; me mostró los soberanos, haciéndome el presente de todos sus favores; á mí mismo, habitando un palacio, adorado y respetado de toda la nacion, como una de las glorias de mi patria.

Me dejé mecer por estas predicciones, sin esperar no obstante que me estuviera reservada una suerte tan bella: pero el lenguaje brillante, y el entusiasmo de mi amigo, levantaron mi valor, y me hicieron mirar al porvenir con confianza y casi con orgullo.

Quando él salió, la reflexion no hizo mas que aumentar las buenas disposiciones que este nuevo orden de ideas habia hecho nacer en mí, y exclamé con un gesto enérgico:

—Ya que aquella por quien mi corazon late desde mi infancia, solo siente ódio hácia mí, concentraré todas las fuerzas de mi amor, sobre este otro ídolo de mi alma: sobre el arte!

Desde entonces, me sentí fuerte y consolado: y aunque de tiempo en tiempo, la fria imágen de Rosa venia á colocarse ante mis ojos, y abrumaba mi frente una nube de tristeza, creia poderme lisonjear de que habia descubierto en el amor de la ciencia el modo de sofocar poco á poco, otro sentimiento que devoraba toda la savia de mi corazon.

De tal modo esta nueva disposicion, serenó mi espíritu, que al dia siguiente, tomé por la primera vez, despues de mucho tiempo un pedazo de barro, al que dí diversas formas, siguiendo la inspiracion de mi fantasia.

Mi idea se detuvo al fin, en la ejecucion de un pequeño grupo, del cual la composicion me halagaba, porque era la expresion de mi situacion presente: representaban á un jóven entre el amor y el arte, y que atraido y seducido por los dos, acababa de rehusar la corona de rosas del amor, para asir la corona del laurel del arte.

En tanto que trabajaba en silencio, para dar á este grupo las formas propias á la expresion final de mi pensamiento, la puerta de mi cuarto se abrió bruscamente, y

antes de que yo pudiera volver la cabeza, para ver quien podia venir á incomodarme en una ocasion tan poco apropiado, Mr. Pavelyn, me estrechó en sus brazos, felicitándome alegremente por mi victoria: media hora apénas hacia, que los jóvenes del concurso, habian hecho saber su decision: mi generoso protector, que desde hacia largo tiempo habia prometido al bedel de la Academia una buena recompensa, á fin de saber el primero la nueva feliz, habia recibido inmediatamente aviso de la decision solemne, y habia corrido á saludar al dichoso vencedor, al artista que le debia su talento y su triunfo.

Las lágrimas inundaron mis ojos, no tanto de alegría á causa de mi triunfo; como de emocion al ver la tierna amistad de Mr. Pavelyn: él estaba mas contento que yo: el orgullo brillaba en sus ojos y se alegraba con una sinceridad tan grande como si él mismo hubiera obtenido la corona de laurel.

Despues de la primera expansion de su alegría, me dijo que tenia resuelto desde mucho tiempo antes, hacerme un regalo si obtenia el gran premio de la Academia: el regalo le acompañaba y me lo presentó con enternecimiento: era un magnífico reloj de oro con cadena, y en cuya llave habia engastado un rico diamante.

Temblando de emocion á la vista de este rico presente, vivamente conmovido de la generosa delicadeza con que se me ofrecia, dominado por un movimiento irreflexivo de reconocimiento, me arrojé al cuello de mi bienhechor y le abracé, llorando con la misma confianza que si hubiera sido mi padre.

Era la primera vez de mi vida que yo me dejaba llevar de este movimiento: apenas hube estrechado á Mr. Pavelyn sobre mi pecho, cuando retrocedí, temeroso de que mi atrevimiento hubiese ofendido á mi protector: mas él me contempló con una mirada húmeda de lágrimas, y pareció dominado por una emocion profunda.

Despues de un instante de silencio, asió mi mano y me dijo:

—Leon, tienes un corazon muy noble: yo daria la mitad de mi fortuna porque Dios me hubiera concedido un hijo como tú: mas á lo menos me ha permitido el protejerte como un padre y el asegurar tu dicha en el mundo: me creo bastante recompensado por tu reconocimiento, y con la esperanza de haber dado á mi patria un artista distinguido: voy á dejarte, hijo mio: estas emociones no me hacen bien: además, deberás escribir al instante á tus padres para anunciarles tu triunfo: ven esta tarde á las tres á casa: ya estaré yo de vuelta de la Bolsa, y ambos nos hallaremos mas tranquilos, he dado orden de disponer un verdadero festin: Rosa parece ahora algo mas animada y mas alegre: la dichosa nueva la ha llenado de gozo como á su madre: hasta la tarde: brindaremos á tu primer premio y pasaremos algunas horas alegres.

Debíanse distribuir primero los premios del concurso de arquitectura, despues los de pintura y dibujo, y en fin, para terminar, los de la clase de escultura: la medalla de oro, que me habian acordado, debia darse la última y mi coronacion ponía fin á la ceremonia.

En tanto que los discípulos premiados salian uno despues de otro al estrado para recibir su recompensa, mis ojos no se separaban de Rosa: sus pequeñas manos cubiertas con delicados guantes de un color claro, aplaudian á cada laureado y cuando el primer premio de arquitectura se dió al jóven que lo habia merecido, me pareció oír entre las mil aclamaciones de la sala su dulce voz que gritaba entusiasmada: ¡Bravo, bravo!

Quedé encantado al ver á Rosa tomar parte tan sinceramente en la emocion general: ya no podia temer el que me rehusase sus aplausos: ¡ser aplaudido por Rosa! oír su grito de alegría resonar en mis oídos! qué dicha, qué elogio podia compararse á semejante sufragio?

Poco á poco, sin embargo, un sentimiento de inquietud se deslizó en mi corazón: si Rosa continuaba aplaudiendo á cada discípulo premiado ¿no se cansarían sus manos? ¿No se habría ya enfriado su entusiasmo hasta el momento en que, subiendo yo al estrado, le demandase mi parte en sus felicitaciones?

La ceremonia duraba tan largo tiempo, había tantos discípulos con derechos á un premio, que empecé á contar con una atención inquieta cada vez que Rosa batía las palmas como si hubiera temido que la menor marca de su aprobación fuese un robo que se me hacía. En fin, mi nombre fué pronunciado, y yo subí las gradas con el corazón palpitante, hasta llegar delante del prefecto, que me esperaba de pié y me dirigió una breve alocución.

Yo no oí nada de lo que me decía: mi ardiente mirada no se separaba de Rosa: quería ver la impresión que mi triunfo producía sobre ella; pero en tanto que Mr. y Mme. Pavelyn me miraban con la sonrisa de la dicha en los labios y la mirada del orgullo, su hija tenía la frente inclinata: había dejado caer delante del rostro el velo de blonda blanca de su sombrero y se ocultaba con cuidado á todas las miradas: en aquel momento supremo me rehusaba los aplausos que había concedido á todos!

Quedé tan cruelmente herido de aquella amarga desilusión, que me volví casi insensible á cuanto pasaba en torno mio. El maire de la ciudad suspendió á mi cuello la gran medalla de oro y me abrazó con un entusiasmo mezclado de enternecimiento: el prefecto colocó sobre mi frente la corona de laurel y dió con solemnidad la señal de los aplausos: la música estalló en torrentes de armonía con una marcha triunfal: un huracán de aclamaciones llenó los ámbitos del salón: todo el público estaba de pié para verme mejor: las damas agitaban sus pañuelos. ¡Rosa no se movió, no me dirigió una mirada, no alzó la cabeza!

Con el pulso oprimido, la vista oscurecida, llorando in-

teriormente y temblando como un reo bajé del estrado y me disponía á volver á mi sitio, cuando Mr. Pavelyn se lanzó delante de mí, me estrechó contra su corazón, y tomándome después por la mano, me llevó delante de su mujer, abrazándome de nuevo con orgullo, ante todo el público.

Mme. Pavelyn asió mis dos manos, las estrechó con ternura, y sus hermosos ojos, brillantes de entusiasmo, me confirmaron mil dulces palabras que salieron de sus labios con una emoción profunda.

—Rosa, exclamó entonces Mr. Pavelyn; ¿es posible que no puedas dominar tu emoción? mira, hija mía, que Leon podrá creer que ves con indiferencia su hermoso triunfo! estrechale la mano para probarle que en el fondo de tu corazón tomas parte en su dicha.

La joven guardó silencio.

La madre, entonces, alzó el velo que caía delante del rostro de Rosa: aquel rostro estaba bañado de lágrimas!

Apenas podía creer á mis ojos. Rosa había aplaudido á los otros vencedores, y mi triunfo la hacía llorar!

Alzó lentamente la cabeza y fijó una mirada en mis ojos: una sola mirada, en la cual estaba toda su alma: una mirada en la que había también una queja, un ruego, un rayo de afeción sin límites, una revelación que detuvo la sangre en mis venas y me hizo volverme más pálido que un cadáver!

Obedeciendo á la indicación de su padre puso su mano entre las mías. . . . aquella mano temblaba como si la fiebre agitase sus nervios, y aunque fría como el hielo, abrazó la mía, y me hizo estremecer al contacto de la corriente magnética que se estableció entre los dos!

¡Oh cielos! yo había leído en su corazón como en un libro abierto! ¡ya no podía dudar! ¡sus ojos me lo habían dicho con harta claridad! ¡mi madre no se había engañado! ¡ella me amaba; ella, que era el origen de mi fé y la luz de mi vida!

Hasta entonces, Mr. y Mme. Pavelyn habian considerado mi estupor y las lágrimas de Rosa como consecuencia natural de la emocion que nos habia causado la solemnidad de mi triunfo; mas acaso hubiéramos descubierto á todos los que nos rodeaban el secreto de nuestros corazones, si la Divina Providencia no hubiera velado por nosotros.

El jurado y las autoridades habian ya dejado sus sitios: la música habia cesado, y la sala estaba ya casi vacía: dos ó tres profesores vinieron á anunciarme de parte del prefecto, que me esperaba en su carruaje: apenas tuve tiempo de excusarme con mis bienhechores, pues me llevaron hácia la puerta del salon: volví la cabeza, y mis ojos se hallaron con los de Rosa. . . . ¡no me habia equivocado! ¡era el hombre mas dichoso de la tierra!

Subí al carruaje con ligereza: el prefecto me hizo, riendo, algunos amables reproches, acerca de mi resistencia para alejarme de la bella y adorable señorita Pavelyn, añadiendo que la comprendia, y dió la señal de partir.

El carruaje era una berlina de gala, abierta, y tirada por seis caballos blancos, adornados con penachos azules, y conducidos por lacayos galoneados: otros dos lacayos de gran librea, iban sentados delante, y en la trasera, se tenian de pié, rígidos y graves, como burgomaestres, dos cazadores vestidos de verde, con grandes plumeros: además del prefecto y yo, iban en el carruaje los otros dos laureados, de las clases de arquitectura y pintura; pero yo ocupaba la derecha del prefecto: los tres habiamos conservado la corona de laurel en la cabeza, pues este era el uso, y las medallas de oro, mucho mayor la mia que las otras, brillaban en nuestros pechos.

Así atravesamos toda la ciudad: la multitud nos cerraba el paso y prorrumpia en vivas y aplausos entusiastas: un eco de victoria nos seguía y nos precedia á lo léjos: yo llevaba la cabeza erguida y dejaba errar mis ojos sobre

la multitud con un inmenso orgullo: sentíame tan grande, que un rey que se pasea en medio de sus vasallos no podia tener en aquel momento un sentimiento mas íntimo de su superioridad que el que yo abrigaba de la mia: los que me miraban debian creer que mi triunfo me habia cegado y vuelto orgulloso: mas ¡cómo se engañaban! no era el laurel del escultor lo que hacia latir mi pecho y lo que encendia en mis ojos la llama de la altivez: no: el triunfador soberbio era el hombre que se sabia amado de Rosa: aquellos honores, aquellas coronas, aquellas aclamaciones, bastan, es verdad, para trastornar una cabeza jóven; pero la mia estaba ceñida con las rosas del amor!

Los aplausos del universo entero no eran nada comparados con el rayo de amor que habia brotado de los ojos de Rosa al fijarse en mí.

Así que llegamos á la prefectura, ocupamos nuestros sitios en el banquete que estaba dispuesto y en el que debian tomar parte las autoridades: uno de mis compañeros se sentó al lado del maire de la ciudad, otro al lado del general, en jefe, yo ocupé la derecha del prefecto, cuyas simpatías me habia conquistado, y que decia hallarse cautivado por mi carácter expansivo y alegre.

En efecto, mientras nuestro trayecto por la ciudad, me habia dirigido varias veces la palabra manifestándome que debia tener fé en el porvenir, y yo le habia respondido con tanta animacion, con tanta fé, que el buen señor, que no comprendia el origen de esta exaltacion, me habia admirado como un jóven artista del mas bello natural.

No comprendo ahora qué extraña fuerza me habia comunicado la mirada de Rosa, y como la certidumbre de que me amaba, habia abierto de repente la plenitud de mi inteligencia y de mi imaginacion: mas, es lo cierto que al terminar el primer servicio, todos se ocupaban únicamente de mí, y yo tenia, por decirlo así, la clave de la conversacion: cuanto salia de mi boca parecia tan sensa-

to, tan original de forma, tan espiritual y al mismo tiempo tan lleno de amabilidad, que todos los convidados me replicaban y hasta me contradecían solo por el placer de oírme continuar hablando: y gracias á mí, aquel banquete, que de otro modo hubiera sido tan enojoso como solemne, se cambió en una fiesta alegre y llena de cordialidad.

Por mí solo, nunca me hubiera atrevido á hablar con tanta libertad de espíritu, ante personas colocadas tan altas en la escala social; pero todos los convidados, y en particular el prefecto, me alentaban, y parecían agradecerme la alegría que yo hacía reflejar en toda la reunión.

A los postres me levanté y brindé á nombre de mis compañeros, y en el mio, por el prefecto, protector de las artes en Amberes.

Tenia yo sin duda casi perdida la cabeza: mas mi locura, en vez de oscurecer mi espíritu, llenaba mi cerebro, por el contrario, con una claridad admirable: al pronunciar mi brindis, estuve tan elocuente, tan acertado en la elección de las expresiones, y encontré acentos tan profundamente sentidos, que arranqué lágrimas de los ojos de todos los convidados, y cada uno vino á estrecharme la mano con enternecimiento.

Cuando hubimos brindado igualmente por el general y por el maire, uno de los convidados dijo que yo sabia cantar: no me hice rogar durante largo tiempo, y canté una melodía que lleva por título: *La dicha de ser amado*.

Inútil es decir que encanté á todos, porque mi alma entera vibraba en aquel canto, y nunca habia tenido la voz tan pura y tan sonora.

Hicieronme cantar algunas otras piezas: y cuando el prefecto se levantó, al fin, para dar la señal de retirada, todos los convidados se acercaron á mí, para manifestarme su simpatía y su benevolencia.

Sea que estas alabanzas me hubiesen turbado algun tan-

to el cerebro, sea el efecto del espumoso champagne, cuando subí al carruaje que debia llevarme á mi casa, toda la ciudad me pareció llena de luces, y bañada de los deslumbrantes colores del arco-iris: el mundo se habia trocado para mí, en un paraíso!

¡Pobre alma mia! bebias afanosa la copa del placer, sin pensar que en el fondo quedaba aún mucha hiel.....! y sin embargo ¡oh Dios mio! por triste que fuera la suerte que me estaba reservada, bendito seas, por aquel dia de felicidad!